



04/Fe y caridad en la Pastoral de la Salud

Juan Luis Martín Barrios,
Director de la Comisión de Pastoral.

La Iglesia está llamada a desarrollar el programa de Jesús (LC. 4, 18-19) y, sobre todo su estilo. Con esta idea de fondo el autor formulará preguntas y respuestas adecuadas: qué es la fe; qué es la caridad; qué es la salud. La fe se hace verdad en la caridad. Fe y caridad se abrazan en una misión sanadora.

Palabras clave:
Fe, caridad, salud, misión sanadora.

Tres preguntas junto al Jordán.

Al norte de la región de Galilea, en la frontera con Siria y cerca del Líbano (pertenece a Israel desde 1967, antes era de Siria), se encuentra Baniyas, del griego Panias, nuestra Cesarea de Filipo. Allí se conserva una cueva donde se daba culto, desde la ocupación helenística, al dios Pan.

De ella brotaba la cuarta y más oriental de las fuentes del río Jordán. En Cesarea los cananeos adoraban a los **baalim** (Baal Gad). **Filipo**, hijo de **Herodes**, la convirtió en capital de su tetrarquía. Allí afloró pronto el cristianismo.

En el año 325 es sede episcopal, cuyo obispo es Filócalo, que participó en el concilio de Nicea (Credo).

Piedras dispersas entre higueras. Ruinas de un barrio en el que se pueden adivinar las huellas de algunas tiendas. Eso es lo que queda de la antigua Cesarea de Filipo. Pero la visita merece la pena, aunque solo sea por beber un poco de agua de las fuentes del Jordán, que brotan a borbotones a los pies de la peña del Hermón.

Poco más abajo, saltan las cascadas que parten las rocas y ensordecen al que se acerca. La exuberante vegetación hace muy atractiva la visita, sobre todo en primavera.

Evidentemente no somos los primeros en descubrir esa quebrada resbaladiza. Por aquí pasó aquel desterrado que añoraba sus lejanas peregrinaciones al templo del Señor. También él ha escuchado el rumor de este torrente y contemplado de lejos a la cierva que buscaba las corrientes del agua (**Sal 42,8**).

Para este buscador de Dios, el mayor dolor no era su soledad sino el ambiente descreído que lo acosaba. Una y otra vez las gentes de estas tierras lo humillaban con la misma pregunta insidiosa: “¿dónde está tu Dios?” (**Sal 42, 4**).

A este lugar llegó alguna vez Jesús. Y junto a estas corrientes de agua dirigió a sus discípulos la pregunta inesquivable de la fe: “¿quién decís vosotros que soy yo?”. Esta es una pregunta tan inquietante como aquella que hería los oídos del desterrado: “¿dónde está tu Dios?”. Los discípulos de Jesús han oído las opiniones que sobre él se han ido formando las gentes.

Algunos lo identifican con **Juan el Bautista**, otros con Elías y otros con uno de los profetas (**Mc 8, 27-29**). Pero ¿y ellos? Pedro contesta: “**Tu eres el Mesías**”.

Nosotros creemos que de esta pregunta pende toda nuestra fe. No es cristiano quien no se la plantea seriamente de vez en cuando. No basta con haberla respondido en otro tiempo. Jesús nos interpela. Claro que todas las respuestas no son inter-cambiables.

No es lo mismo considerarlo como un maestro de doctrina o de moral que depositar en él la fe y la confianza que solo el Mesías se merece. Pero una vez confesado como tal, queda todavía preguntarnos cómo imaginamos su mesianismo.

Las más bellas palabras pueden encubrir nuestros intereses más bastardos. No siempre el mesianismo que nosotros le atribuimos coincide con el que de verdad lo identifica. Un Mesías que nos salva en la cruz, y nos invita a cargar con ella y seguirle, es escándalo para muchos de nosotros. Pero esa es su verdad.

Si no la admitimos, alguien podría preguntarnos como al desterrado de otros tiempos: “¿dónde está tu Dios?”

1/

¿Qué aporta la fe al hombre y mujer del s. XXI?

Posiblemente os habréis hecho más de una vez esta pregunta: desde la realidad en que vivimos... ¿qué aporta la fe al hombre y a la mujer de nuestro tiempo? A mí me parece que aporta mucho, pero especialmente tres cosas:

a) La fe me ayuda a vivir unificado, es decir, que en lo que pienso con la cabeza, siento en el corazón y realizo en la actividad hay armonía interior. Ved cuanta gente, lamentablemente, vive dispersa: piensa una cosa, siente otra y actúa de otra; son personas rotas.

b) La fe me ayuda a vivir en hondura lo que acontece, es decir, que lo que digo con mis palabras, realizo con mis gestos y proyecto con mis deseos tiene sentido, lo vivo en profundidad, merece la pena. Ved cuánta gente vive por fuera, de fachada, superficialmente, cuanto dice y hace. Sí, tanta superficialidad, que a veces llega a la frivolidad.

c) La fe me ayuda a vivir... desviviéndome, es decir, me ayuda a sacar lo mejor de mí, las cualidades, y ponerlas en la mesa de la comunión y de la corresponsabilidad y, a la vez, educa para sacar lo mejor de los otros y compartir todo, todos.

Mirad a tantos que viven para sí mismos, consigo mismos... que se son un “**istmo**”. Vivir unificados, en hondura y desviviéndonos nos hace y hará más felices.

En este sentido, pienso que un creyente, sea laico, consagrado o sacerdote, debe desnudarse espiritualmente de vez en cuando. Reconozco con humildad que una de las cosas que me dificultan la vivencia de la fe en su frescura es este ambiente utilitarista en el que vivimos.

Cuando alguien pregunta “**para qué sirve la fe**”, en lugar de “**qué significa la fe**”, pienso que esa persona ya está debilitada por dentro. Oiga ¿y para qué sirve la alegría?, ¿y una flor?, ¿y el alborear de un nuevo día? No perdamos la capacidad de gratuidad y de asombro. La fe es un don precioso que, al hacerla tarea cada día, ilumina nuestro caminar y toda nuestra vida.

2/

La Iglesia al servicio del Reino al estilo de Jesús (cf. Lc 4, 18-19).

Los cristianos, tras la experiencia de la resurrección del Señor, se reunían el primer día de la semana, al nacer el sol, para la enseñanza de los Apóstoles, la fracción del pan, la comunión y las oraciones. Pronto surgió la necesidad de atender a los pobres y apareció la caridad.

De la mano de la perícopa evangélica **Lc 4, 18-19**, nos situamos en las cuatro funciones de la Iglesia en referencia a la pastoral de la salud integral. Sabemos que si la Iglesia no está al servicio del Reino, y lo que ello conlleva de atención a todos especialmente a los más necesitados de cualquier clase y condición, no es la iglesia del Señor. Será una gran institución, una importante ONG, pero no la comunidad de los seguidores de Jesucristo. Y en cada una de estas funciones está el ser, el saber y el hacer pastoral de la Iglesia.

LH n.308

2/1

Kerigma:
“Anunciar el evangelio a los pobres”.

Id y anunciad: el Reino se proclama en el signo del anuncio, que conlleva la evangelización, la catequesis, la homilía, toda predicación, etc.

2/2

Liturgia:
“Proclamar el año de gracia”.

Id y bautizad: el Reino se celebra en el signo de la liturgia, que conlleva los sacramentos, especialmente la eucaristía, las fiestas, devociones, oración y celebraciones, etc.

2/3

Koinonía:
“Anunciar a los ciegos la vista”.

Id y comunicad: el Reino se vive en el signo de la comunión, que conlleva crear comunidad, fraternidad, unidad y toda gesto de comunicación, etc.

2/4

Diaconía:
“Proclamar a los cautivos la libertad”.

Id y sanad: el Reino se realiza en el servicio, que conlleva la caridad, todo gesto de amor, promoción humana, educación, liberación.

De verdad que, en el fondo, aquello que creemos es lo que celebramos, es lo que vivimos y es lo que servimos.

Todo ello lo realizamos desde la fe, en la Iglesia y para el mundo de la salud.

3/

Fe y caridad en el Catecismo de la Iglesia Católica.

3/1

**El Año de la fe en el XX
de la promulgación del CEC:**

Al cumplirse el 50º de la apertura del concilio Vaticano II y el 20º de la promulgación del Catecismo de la Iglesia Católica, el **Papa Benedicto XVI** convocó el Año de la fe y, dentro de él, un Sínodo de obispos sobre **“La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana”**. Volviendo a los Hechos de los Apóstoles y las cuatro funciones de la comunidad primitiva se puede observar como aquel esquema constituye la clave de las cuatro grandes constituciones de dicho Concilio: **Dei Verbum (enseñanza de los Apóstoles)**, **Sacrosanctum Concilium (fracción del Pan)**, **Lumen Gentium (comunión)** y **Gaudium et Spes (servicio)**, y cómo ese esquema ha servido de estructura para el Catecismo de la Iglesia Católica: credo, liturgia y sacramentos, moral y oración. Por lo que a nuestro tema se refiere, nos centraremos especialmente en las partes primera y tercera: creer y amar, respectivamente.

3/2

**El CEC al servicio de la fe y la catequesis
en la Iglesia y para el mundo:**

Sí, la iglesia nunca debe ser frontera del evangelio frente o contra los otros, sino puente para que el mensaje cristiano, la buena noticia sea posibilidad para todos. Ante momentos de desconcierto y perplejidad, por un lado, y de posibilidades

Si la Iglesia no está al servicio del Reino, con lo que conlleva de atención a todos, especialmente a los más necesitados, no es la Iglesia del señor

humanas, por otro, el CEC quiere ser un instrumento de luz y de orientación en la conciencia y en el corazón de los hombres, de los enfermos, de los débiles y necesitados.

3/3

Creer y amar: I y III partes del CEC:

En la primera parte se expone lo que es la fe en su dimensión personal, “creo”, y en su dimensión comunitaria, “creemos”. Después se explican los contenidos de la fe mediante la exposición de los artículos del credo apostólico.

La primera sección de esta parte asume lo que ha sido llamado el **“giro o concentración antropológica de la modernidad”**. Antes de entrar en el meollo de lo que la Iglesia cree, se pregunta si el hombre es capaz de Dios.

De ahí brotan tres cuestiones a las que acompañan tres afirmaciones: ¿El hombre es capaz de Dios desde su conciencia? El hombre es un ser capaz de Dios. ¿Lo es desde su realidad? Sí, porque es Dios quien sale al encuentro del hombre (revelación). ¿Lo es desde su historia? Sí, porque el hombre responde libremente a Dios desde la fe.

No intenta demostrar nada, pero sí poner al descubierto los presupuestos antropológicos de la fe. Antes de decir qué creemos y a quién creemos, se alumbra la estructura antropológica del ser humano, mostrando la posibilidad, la forma concreta y la realización misma de la fe como acto que pone en juego al hombre entero: inteligencia, voluntad, deseo, esperanza, amor.

La tercera parte, **“La vida en Cristo”**, nos acerca al quid del comportamiento cristiano, de la vocación a la que hemos sido llamados por Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, una vez que fuimos iluminados por la fe, santificados por los sacramentos en integrados en la Iglesia, ¿cuál es la forma de existencia de un cristiano? Su comportamiento.

La vida moral es siempre un momento segundo que se deriva de la comprensión que se tenga de la persona, de su constitución y su destino ante el Absoluto, ante Dios.

Así en el cristianismo, y por ello en el Catecismo, los mandamientos vienen detrás del credo y tras los sacramentos. Tras una historia de verdad y tras una oferta de gracia, el cristiano vive una vida nueva. Los mandamientos intentan reflejar esa novedad de existencia en el hacer de cada día, en la relación con el mundo y con el prójimo. En consecuencia se vive en agradecimiento laudativo ante Dios (acción de gracias) y de servicio al prójimo (creación de gracia).

4/

**Pero ¿qué es la fe?,
¿Qué es la caridad?
¿Qué es la salud?**

4/1

**Fe es dejarnos querer por Dios,
buscar, acoger, adorar y bendecir:**

Si, ¿qué es la fe hoy? Al finalizar el curso de catequesis de reiniciación cristiana con jóvenes adultos, en mayo pasado, una madre de hijo adoptado, próxima ya la recepción del sacramento de la Confirmación, me preguntó: olvidándote de los libros, **“¿qué es para ti la fe?”** Os confieso humildemente que no dudé en responder, porque me lo he planteado muchas veces,

▼
“Para mí la fe es dejarme querer por Dios, dejarme estrechar por Él, dejarme achuchar por Él.

LH n.308

Igual que tú, tantas veces sentada en el sofá, achuchas a tu hijo sobre tu regazo... así siento yo la ternura de Dios, mi Padre”.

Y es que entiendo que no hay don más rico y plenificante que la fe. Percibir que allí donde esté y esté como esté, Alguien me acompaña, me alienta, me fortalece, me empuja, me alegra, me estrecha... ¡eso es una gozada!

Una experiencia tan honda como por ejemplo el enamoramiento. Porque creer es como enamorarse. Ya dice **San Juan** que

“Dios es Amor.
Y el que no ama no ha conocido a Dios”.

Sí, amigos, la fe es un don de Dios, un regalo, un capricho de la gracia... y una respuesta generosa, una adhesión personal que vale poco y significa mucho.

El mundo ha perdido el sentido de lo gratuito, lo lúdico... solo lo útil parece valioso. También yo me pregunté en una homilía con motivo del día del Seminario: ¡Oiga! ¿y para qué sirve un cura? Para nada... No servimos de, ni servimos para, servimos a Dios que encima no lo necesita ¡admírense! Somos nosotros, el mundo, quienes necesitamos servir a Dios porque el amor no puede reprimir sus expresiones.

Con el deseo de precisar un poco más en qué consiste creer, intentaré señalar a continuación algunos aspectos que nos preparen a descubrir cómo podemos vivenciar y transmitir a otros la fe, cómo podemos prepararles o ayudarles a creer. Así:

a) Creer es buscar y... ser buscado: Creer es abrirse al misterio profundo e íntimo que habita en cada uno de nosotros. Es buscar el sentido radical y último de nuestra existencia,

tratar de alcanzar lo que vale por sí mismo y dar valor a todo lo que somos y tenemos.

Es preguntarse por la realidad definitiva o absoluta frente a la cual todas las cosas son relativas o «penúltimas». No es evadirse de la realidad que vivimos, sino profundizar en ella. Las cuestiones últimas, y entre ellas el problema de Dios, se insertan en lo más cotidiano de nuestra vida, aunque sólo sea en forma de frustración o de vacío. La experiencia humana, la de todos y cada uno de nosotros, es el punto de partida del creer, de la búsqueda de la fe, porque Dios

“No se encuentra lejos de cada uno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos”
(Hch 17,27-28). (Cfr. Pascal: **Tú no habrías salido a buscarme si yo antes no te hubiese encontrado**).

Decir “creo” es abrir mi existencia al misterio que habita dentro de mí, decir sí al misterio de la vida. Creer en Dios significa mantener la inquietud por la verdad última sin contentarse con la apariencia empírica de las cosas, buscar la salvación total sin quedarse satisfecho con una vida fragmentada, amar la vida hasta el final religándola con el Trascendente.

b) Creer es acoger y dejarse encontrar: Creer es encontrarse personalmente con Dios. Un encuentro sólo es posible como auténtica relación entre personas.

Dios no es algo abstracto, confuso o informe, de lo que sólo se puede tener una idea más o menos precisa.

Dios es un Ser personal, por muy grande que sea, con quien podemos relacionarnos en un verdadero encuentro. Éste es el Dios que nos ha revelado Jesucristo, el centro de la fe de la Iglesia y el fundamento de nuestra vida creyente.

La palabra encuentro, desde el punto de vista teológico, tiene un sentido denso. No es un simple cruzarse con una persona. No es estar juntos en un lugar. No es una conversación intrascendente entre dos personas que trabajan juntas o viven en una misma casa.

Hay muchos matrimonios que no viven un encuentro, son como dos vidas yuxtapuestas. Un encuentro se da cuando una persona se muestra y se comunica a otra persona de tal manera que toda la vida de esta persona queda marcada, afectada y transformada para siempre por esta revelación y comunicación.

Por ejemplo, el encuentro que han tenido muchos hombres y mujeres cuando se han enamorado y del que ha ido o va brotando un amor conyugal firme, tierno, durable... es un verdadero encuentro. O como la experiencia que tuvieron los apóstoles con el Resucitado. O como la tuvo san Agustín y tantos cristianos a lo largo de la historia hasta nuestros días.

Las experiencias especialmente intensas de encuentro con Dios, no tienen por qué ser inicialmente experiencias de oración. Puedo vivirlas en mis relaciones de servicio a los demás, en experiencias de reconciliación o de perdón, en gestos de acogida o solidaridad que ofrezco o recibo, en el encuentro gozoso con otros.

Cualquier experiencia de este tipo nos invita a llevarla al silencio de nuestro corazón, o a la comunicación con otros creyentes, para hacerla oración, para profundizar y descubrir en ella la llamada a nuevas experiencias, a nuevos encuentros.

Es el testimonio gozoso de tres catecúmenos a los que les estamos acompañando desde el Secretariado en su proceso para ser bautizados. Tres adultos, dos señoras y un joven, que desde experiencias y caminos diferentes se han encontrado en el camino de búsqueda de la fe ¡Bendito sea Dios!

c) Creer es adorar y... bendecir: Creer es reconocer a Dios como el único absoluto. Ante Él todo lo demás que conocemos se vuelve «penúltimo» y relativo. Por Él todo llega a adquirir y tener un nuevo sentido. De ahí el carácter unificador y central que la fe tiene para el conjunto de la vida del creyente. Pero no son las ideas ni las normas religiosas las que se convierten en el centro de nuestra vida, es el mismo Dios al que aquellas sólo sirven como cauce de relación o camino de acceso.

La fe en Dios consiste en reconocerlo como eje y centro de toda mi existencia. Ésta es la forma esencial de adorar a Dios: vivir ante Él sin construir ni aceptar ningún ídolo (**cfr. Mi experiencia con el Director Espiritual que me aconseja orar con los salmos de adoración, alabanza y bendición**).

Descubrir a Dios como el único absoluto me impulsa a consagrarle mi vida, como una ofrenda personal de lo que soy y lo que tengo, entregándome a Él por entero. Esto no constituye ninguna forma de alienación, pues mi vida centrada y apoyada en Él la experimento más libre y, al mismo tiempo, más segura.

Desasido de la esclavitud de todo lo demás, soy más dueño de mí mismo. Me descubro más grande cuando me inclino en su presencia. En esta experiencia queda vencido el corazón y convertida la mente. A esto responde la formulación del primer mandamiento de la Ley de Dios entregado a **Moisés**:

“Adorarás al Señor, tu Dios,
con todo tu corazón, con toda
tu mente, con todo tu ser”.

Este reconocimiento me anima a relacionarme más estrechamente con Dios en la oración. Busco la oportunidad de escuchar con atención su Palabra que ilumina mi vida,

LH n.308

para ofrecer mi disponibilidad a sus proyectos. Procuero encontrar la paz en su presencia, reconocer con gratitud sus dones y celebrar con gozo su bondad. Brota en mi corazón la confianza y de mis labios la alabanza de su nombre. Me apoyo en Él en mis necesidades y debilidades, seguro de su misericordia y su perdón. Deseo darlo a conocer, invitar a mis hermanos a descubrir su grandeza, porque sé que no quedarán defraudados.

4/2

Caridad “es amar a Dios sobre todo/s y al prójimo como a ti mismo”.

Me detengo en dos miradas. La que descubro en la parábola del “buen samaritano” y la vivida por san Agustín. En la primera, ante el encuentro con el hombre herido y tirado en la cuneta la actitud del sacerdote y el levita responde a la pregunta ¿qué me pasa a mí si atiengo a éste?

Y dieron un rodeo. Sin embargo, la actitud del samaritano responde a la pregunta ¿qué le pasa a éste si yo no le atiengo? Se bajó de la cabalgadura, lo acogió, lo curó y lo llevó a la posada, pagó y después volvió para interesarse por él.

La experiencia de San Agustín fue que, tras una vida desorientada, de encontrarse con el Señor y convertirse a la fe, pudo expresar aquello de “ama y haz lo que quieras” (narración de los dos momentos). El santo de Hipona tenía claro que

“La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él caminamos; una vez llegados, en él reposamos”.

El amor de Dios, revelado en Cristo, nos pide hacernos prójimos, próximos, del más lejano, como acabamos de ver en Lc 10,27-37, de los

niños (Mc 9,37) y de los pobres (Mt 25,40). Nos detenemos gozosamente en las características de la caridad, del amor cristiano, según 1Cor 13.

4/3

Salud es experimentar la sanación integral de alma y cuerpo:

Para delinear el concepto de salud adoptamos en principio la definición ofrecida por la O.M.S.

«La salud es un estado de perfecto bienestar físico, mental y social y no solo ausencia de enfermedad».

Es una definición acertada, sin duda pero me resulta insuficiente. Por ejemplo: la salud no es simple ausencia de enfermedades.

No estar enfermo no es lo mismo que estar sano. Hay personas que no están enfermas, pero que tampoco están sanas. No viven de forma saludable (por ejemplo: un adulto que abusa del trabajo o un joven que derrocha su salud).

La salud es un modo de vivir. ¿Entonces? Entiendo que no hay salud si no hay dirección en la vida, son necesarios unos objetivos: proyecto vital, escala de prioridades, sentido de la vida. R. Tagore decía:

“Mi corazón está triste porque no sabe de dónde lo están llamando”.

Jesús relaciona fe, caridad y salud. Una sexta parte del evangelio de san Marcos, por ejemplo, está dedicada a narrar esta actividad sanante de Jesús; de ahí entresacamos las características de la salud que Jesús promueve:

La fe que actúa por la caridad debe manifestarse en lucha por la justicia y en acciones transformadora de la sociedad

a) Salud integral (Mc 4,4-6):

Transformación profunda, conversión, integralidad.

b) Salud liberadora (Lc 13,12):

Liberadora para unificar la relación con Dios, con los otros y consigo mismo.

c) Salud responsable (Mc 10,52):

Colaborar para conseguirla.

d) Salud no idolatrada (Mc 8,35):

No vivir para cuidarnos sino cuidarnos para vivir, no estar obsesionados por echar años a la vida sino dale vida a los años.

e) Salud ofrecida a los más débiles (Jn 5,7):

son los preferidos y preferentes.

f) La salud es vulnerable ante la enfermedad y la muerte

¿qué me pasará en ese trance?

La Iglesia cuida con esmero el “Id y anunciad” para sanar, alumbrar e iluminar; el “Id y bautizad” para celebrar, reconciliar, consolar; el “Id y comunicad” para compartir, confraternizar, relacionar; el “Id y sanad” para atender, cuidar, visitar (obras de misericordia). Nos remitimos a apartado 2 de esta exposición.

5/

La fe se hace verdad en la caridad.

La celebración del Año de la fe nos ofrece la oportunidad de poner de relieve y manifestar la relación intrínseca, mutuamente verificadora, que se da entre fe y caridad. Benedicto XVI ha expresado de diversas maneras la naturaleza de esta relación.

En el Ángelus del 12 de noviembre de 2012 la calificó de “unidad inseparable”, y puso como ejemplo a dos viudas pobres, la viuda de Sarepta y la viuda del Evangelio, que “demostraron una gran fe en Dios” y llevaron a cabo gestos de caridad, de los que se puede extraer “una preciosa enseñanza de la fe”. Dos mujeres que “lo dan todo y se ponen en las manos de Dios por el bien de los demás”.

En el mensaje de la pasada Cuaresma habló de unidad “indisoluble” gracias a la cual debemos evitar tanto el fideísmo, el dar importancia exclusiva a la fe, como el activismo moralista, el creer que nos salvamos por lo que hacemos.

Una relación semejante a la que se da

“Entre dos sacramentos fundamentales de la Iglesia: el bautismo y la eucaristía. El bautismo (sacramentum fidei) precede a la eucaristía (sacramentum caritatis), pero está orientado a ella, que constituye la plenitud del camino cristiano.

Análogamente, la fe precede a la caridad, pero se revela genuina solo si culmina en ella. Todo parte de la humilde aceptación de la fe (“saber que Dios nos ama”), pero debe llegar a la verdad de la caridad («saber amar a Dios y al prójimo»), que permanece para siempre, como cumplimiento de todas las virtudes (cf. 1 Cor 13, 13)”.

Ya al proclamar el Año de la fe, en Porta fidei, manifestó que este Año es una oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad, puesto que

“La fe y la caridad se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino” (n. 14).

LH n.308

La fe para seguir su camino, para ser verdadera acogida y respuesta a Dios, necesita de la caridad. La caridad, para seguir su camino, para ser verdadera manifestación del amor de Dios, necesita de la fe. Esta mutua necesidad y relación tiene algunas características que me gustaría explicar, pues resultan muy iluminadoras:

5/1

La fe responde al Amor con el amor.

“Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1 Jn 4, 16).

La fe nace de la experiencia de haber encontrado el amor, de haber conocido a un Dios que es Amor y de responde al amor. La fe, antes que adhesión a verdades, a creencias, es relación personal y amorosa con Dios, de modo que bien podemos decir que creer es estar enamorado de Dios y que tener fe es tener experiencia del amor de Dios.

Así dice el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización en Vivir el Amor de la fe:

“La fe no puede separarse del amor. Se cree en Dios porque se le ama. Y se le ama porque se ha descubierto que somos amados por Él”.

El ejercicio del amor en la vida cristiana no es un puro acto de solidaridad humana, ni es tampoco, fundamentalmente, un precepto de la vida cristiana. Es una consecuencia del encuentro con Dios en Jesucristo, de haber descubierto en Cristo el rostro y la entraña amorosa de nuestro Dios.

5/2

La fe crece tanto cuanto es experiencia de amor:

Pero la fe no solo nace del amor, sino que crece cuando se vive como una experiencia de amor. Benedicto XVI nos dice que

“La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y de amor” (PF 7).

Es una formulación preciosa: la fe crece cuando se vive como experiencia de amor, de amor que se recibe y de amor que se da, es decir, la fe crece por la caridad, porque eso es la caridad, amor recibido y amor entregado.

La fe es una experiencia de amor: de amor a Dios que nos amó primero y de amor a los otros como los ama Dios (cf. 1 Jn 4, 7-16).

5/3

La fe actúa por la caridad:

El apóstol Pablo dirá que la fe que salva es “la fe que actúa por la caridad” (Gál 5, 6) y recuerda que toda ley se cumple en una sola frase: “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gál 5, 14) con un amor que lleva a compartir para que nadie le falte lo necesario para vivir y que trata de buscar la igualdad de modo tal que al que recoge mucho no le sobre y al que recoge poco no le falte (cf. 2 Cor 8, 7-15). Esta fe es la que, según Benedicto XVI, nos lleva también a trabajar por la justicia:

“Por la fe, muchos cristianos han promovido acciones a favor de la justicia,

para hacer concreta la palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (cf. Lc 4, 18-19)” (PF 13).

La fe no se manifiesta solo en tareas de primera asistencia. La fe que actúa por la caridad se debe manifestar en lucha por la justicia y en acciones transformadoras de la sociedad.

5/4

La fe y la caridad se abrazan y se verifican:

La relación entre fe y caridad es tan honda que mutuamente se verifican. Y con esto no queremos decir que una es para la otra un elemento externo de verificación. Decimos que una es la verdad de la otra, que la fe se hace verdad en la caridad y que la caridad se hace verdad cuando se vive desde la fe, podemos decir que viven abrazadas.

La caridad no es una consecuencia de la fe, algo distinto y posterior a ella, sino elemento constitutivo y criterio de verificación de la misma, como dice el apóstol Santiago (cf. Sant 2, 18). Esto significa que es mentira la fe que no nace del amor y que es mentira la caridad que no vive de la fe, de la experiencia del amor de Dios.

5/5

La fe y la caridad se autentifican en la eucaristía:

El mensaje final del Sínodo sobre la nueva evangelización nos habla de dos expresiones que hacen creíble el Evangelio, dos símbolos de la vida de fe que tienen una especial relevancia. El primero está constituido por “el don y la experiencia de la contemplación”: solo desde la profundidad de un silencio orante ante el misterio -la eucaristía- se puede desarrollar el testimonio de la caridad.

El segundo, “el rostro del pobre”: estar junto a él no es solo ejercicio de solidaridad, sino ante todo un hecho espiritual, un encuentro con el Señor. La contemplación de la eucaristía, vida entregada para la vida del mundo, nos ayuda a vivir la diaconía de la fe y la diaconía de la caridad como dos dimensiones de una misma y fecunda realidad.

6/

Conclusión:
Fe + Caridad =
Misión sanadora.

He recogido este esquema conclusivo de la próxima campaña del Domund y que nos es válido para comprender el gozo del evangelio y vivir la belleza de la fe a la luz del mandamiento nuevo, alentados por las bienaventuranzas y empujados a las obras de misericordia: amar a Dios, nuestro Padre sobre todo, sobre todos, y al prójimo, nuestro hermano, como a nosotros mismos.